

Señales de un gran navío

Incluso los botes pequeños

MEGAN MELO

Emecé, Bogotá, 2017, 168 pp.

POCO SE sabe de Megan Melo, egresada de la Carrera de Creación Literaria de la Universidad Central, quien con apenas 22 años obtuvo el Premio Nacional de Novela Nuevas Voces Emecé-Idartes 2016 con la obra que también fuera su tesis de grado: *Incluso los botes pequeños*. El escritor Miguel Torres la asesoró en el proceso de edición del texto que, según la autora, fue un trabajo arduo al que le dedicó varios años. En la única entrevista que se puede encontrar en internet, con modestia y una sonrisa intermitente, afirma que para ella se trató de un ejercicio académico: nada más allá de la experiencia de enviar un texto a un concurso para recibir comentarios y recomendaciones. Su timidez y desinterés por figurar en el panorama literario colombiano contrastan con una realidad muy diferente sobre lo importante que resulta tener buenas conexiones y exhibir una personalidad arrolladora en las redes sociales para ser un escritor reconocido. Lo cierto es que Melo nos demuestra que para ganar concursos la buena escritura basta; al leerla encontramos una prosa que no tiene nada que envidiarle a la de autoras colombianas más consolidadas en la actualidad, pues es evidente su capacidad para narrar con sobriedad y sencillez eventos con alto contenido emocional. Por ello no sorprende el fallo del jurado de este premio, compuesto por los escritores Mery Yolanda Sánchez, Nahum Montt y Juan Cárdenas, quienes afirman que la novela

[...] demuestra coherencia formal, sencillez y clasicismo en su estructura, donde el relato transcurre con fluidez. Los personajes se perfilan a través de diálogos breves y contundentes, al igual que las relaciones que se entretienen entre ellos. Estas relaciones maduran a la vez que generan nuevas aristas con el avance de la novela. Es interesante la propuesta en lo que se refiere a la esencia humana.

La portada de la ópera prima de Melo no ofrece ninguna pirotecnia. Al verla por primera vez, asumo que me encuentro ante una historia de amor: las manos de una joven pareja, entrelazadas sobre un fondo rosa. Aunque, al mirar con mayor detalle, hay algo infantil y endeble en esas manos. La que está por encima, con algo que parece un tatuaje o una mancha con forma de corazón, da la impresión de guiar a la otra con firmeza, a pesar de estar conectada a un brazo que luce muy delgado para la tarea. El brazo al que pertenece la mano de atrás está cubierto por una manga negra, como si estuviera de luto. Luego de leer unas cuantas páginas, sé que se trata de una de las portadas más acertadas que he visto en los últimos años, lo cual resulta un hallazgo muy grato en un océano de libros que se resguardan dentro de imágenes y diseños que no transmiten nada al lector ni le hacen justicia a la historia que contienen, una práctica de edición que por desgracia se ha vuelto común. En suma, la portada es una abstracción discreta del contenido: una historia de amor, sí, pero en fondo color carne; no hay lugar para el romanticismo del rosa, excepto por algunos pasajes. Se trata de un amor que raya en la exasperación, en el deseo de destrozar al otro a mordiscos más que cuidarlo. La necesidad de compañía y el cuidado de sí mismo y del otro, en esta historia, son más un asunto de supervivencia y egoísmo que de afectos.

Incluso los botes pequeños narra la historia de un adolescente colombiano (Nassim) que queda huérfano en circunstancias no muy claras y decide viajar por Asia en compañía de una joven norteamericana de 22 años (Inga). Aunque no se conocen, solo se tienen el uno al otro en este viaje: Inga, al parecer, se ha desconectado de los suyos por voluntad propia y Nassim, despojado de su familia, decide aferrarse a la compañía y la experiencia de esta joven mujer que lo perturba con cada movimiento y palabra que pronuncia. Así, Inga y Nassim viajan por Vietnam y China, y deben enfrentarse a circunstancias de toda índole. Sin caer en lugares comunes y en los imaginarios típicos sobre los trotamundos que se mueven, en este caso por Asia, con nada más que una mochila al hombro, la trama nos revela de mane-

ra progresiva que el viaje en sí mismo es solo un pretexto, un escenario para ubicar el telar donde se construye el frágil tejido de las relaciones humanas en las que, a fin de cuentas, poco importa si se comparte el mismo idioma o las mismas costumbres; aquí hay algo que atraviesa a todos los seres, algo que va más allá del lenguaje.

Mediante diálogos agudos que logran desvelar con pocas palabras buena parte de la carga emocional que llevan los personajes, y sin la pretensión de lanzar grandes máximas ni oraciones sedudas, la que parece ser el alma de esta novela se manifiesta en la página 145: “Cada uno tenía sus propias razones, sus propias perspectivas. Todos se movían de acuerdo a ellas, tomaban sus decisiones, y así seguían adelante. Infinidad de emociones confluyendo y aun así, cosas incomunicadas, inconclusas, inentendibles”.

Nassim rezonga cuando se refieren a él como un niño, y en sus esfuerzos por verse grande descubre que ser adulto es “aguantarlo todo”. La figura del agobio del adolescente que anhela la madurez pero no puede desprenderse de la nostalgia de la infancia resulta ser lo más potente de esta novela que, centrada en la historia de una persona en circunstancias extraordinarias, nos interpela de manera muy íntima, pero a la vez universal, sobre los modos en que comprendemos el equilibrio de las relaciones humanas. “Delicado e inestable”, así lo describe Megan Melo. Uno de los mejores aspectos de esta obra es que la pregunta que subyace no tiene respuesta, o al menos Melo no se aventura a brindarnos una. Es tarea de los lectores resolverla por su cuenta, una vez finalizada la lectura, y la joven autora acierta al no subestimarlos, un error en el que caen muchos escritores nuevos y del que incluso no se escapan algunos con bastante experiencia.

Por último, y como complemento al comentario sobre la portada, es importante mencionar el énfasis que la escritora hace en la descripción del movimiento de las manos y su combinación con los gestos, un rasgo de la narración que, a través de detalles que bien podrían parecer banales, nos permite identificarnos con los personajes al reflexionar sobre nuestra propia manera de emplear estos gestos y los significados con que los cargamos en

| NOVELA | | RESEÑAS |
|--|--|---------|
| <p>la cotidianidad: el dedo que rasca con incomodidad una oreja, la mano que se crispa de dolor, otra que se oculta con lentitud bajo una camiseta, y la que se aferra con fuerza en un intento inútil de impedir una despedida. Se trata de una gestualidad en la narrativa que permite simplificar las descripciones y los diálogos en número de palabras, pero no en profundidad.</p> <p>En suma, estamos ante una narradora perspicaz que, parafraseando a Carolina Sanín, sabe que su trabajo está en el entrenamiento de la mirada, y lo logra con total desenvoltura. Resulta imposible ignorar que Melo, a su corta edad, haya gestado una obra de tan alta calidad, un hecho tal vez sin precedentes en la historia de nuestras letras. Megan Melo incursiona en la literatura colombiana en un momento crucial en muchos sentidos. “Colombia tiene escritoras”, aseveraron las firmantes del manifiesto del mismo título en noviembre de 2017 (en el que paradójicamente no figura Melo, por cierto). Y vaya escritoras. Algunas, como la que reseño en este texto, irrumpen en las aguas de la literatura nacional con aires de gran navío. Ojalá tengamos novedades de Melo muy pronto.</p> <p style="text-align: center;">Lina Rojas Camargo</p> | | |